

Los que se han extraviado

biblicom.org

Índice

1 - Innumerables cristianos se han extraviado en el mundo	3
2 - Las causas de estas defecciones son numerosas	3
3 - Los que moran en la tierra	4
4 - Son muchos los que gimen en el mundo	4
5 - La angustiada cuestión de la falta de interés por ellos	5
6 - Nuestra necesidad de estar al unísono con el corazón del Señor . . .	5
7 - No desatender las importantes instrucciones de Gálatas 6:1-2	5
8 - El necesario examen previo de sí mismo antes de pasar a la acción	6
9 - Lo que es la gracia activa en la restauración	7
10 - Lo que significa: «Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumpliréis así la ley de Cristo»	7

1 - Innumerables cristianos se han extraviado en el mundo

Cualquiera que esté en estrecho contacto con el pueblo de Dios en diversos lugares no puede dejar de sorprenderse por el gran número de aquellos que, por diversas razones, han caído bajo el poder del enemigo. Hay pocos creyentes, en verdad, que no puedan recordar los nombres de todos aquellos con quienes una vez caminaron en feliz comunión, pero que ahora están perdidos para Cristo (no significa que están condenados) y ya no tienen ningún testimonio para Él en el mundo. Satanás no puede, y él ya lo sabe, destruir a un hijo de Dios; pero puede, si no está vigilante, desviarlo del camino de la obediencia y del servicio, y hacerlo así inútil como testigo. Por eso, en términos morales, los huesos de miles de personas blanquean las arenas del desierto por donde pasa el ejército de peregrinos de Dios. Para deshonra de su Salvador Dios, para triunfo del enemigo, para tristeza del pueblo de Dios, y como piedras de tropiezo para muchos jóvenes cristianos.

2 - Las causas de estas defecciones son numerosas

Las causas de las defecciones son tan numerosas como los fracasos. Algunos, incluso, que una vez predicaban la Palabra de Dios con poder y con la unción del Espíritu Santo, han sido, por falta de vigilancia, traicionados por la ausencia de tener los lomos ceñidos con la verdad; y, perdiendo el sentimiento de su dependencia de Dios, se han convertido gradualmente en juguetes del enemigo. Para muchos de ellos, la caída fue provocada por las tentaciones que abundan en el mundo, por el deseo, en muchos casos, de triunfar en “la carrera de la vida”. Esto ha sucedido hasta tal punto que la línea divisoria entre los cristianos y el mundo se ha hecho cada vez más difusa. Las nuevas distracciones, las nuevas modas y los nuevos ejercicios inventados por los seguidores del mundo con asombrosa rapidez son adoptados casi inmediatamente por los creyentes, en detrimento de su nazareo. Hubo un tiempo en que se podía reconocer a un cristiano devoto por su vestimenta y su comportamiento, pero esto apenas ocurre hoy en día. Se admite fácilmente que la separación exterior, en sí misma, no tiene ningún valor ante Dios; pero si es la expresión de una

separación interior con Él, tiene un gran valor. La consecuencia del acercamiento al mundo ha sido el descuido de la meditación de la Palabra de Dios y de la oración, y es aquí donde casi siempre comienza la vuelta atrás. Tan pronto como hay una falta de disfrute de la Palabra de Dios y fracaso en la oración, vuelta atrás ha comenzado. Prestemos atención a la advertencia.

3 - Los que moran en la tierra

Sin embargo, debemos distinguir entre 2 categorías de error. En primer lugar, están los que hoy dan la espalda a Cristo; se han vuelto voluntariamente hacia el mundo y quieren que los dejen en paz. Como Efraín, se han apegado a los ídolos ([Oseas 4:17](#)), son desobedientes y se enfadan cuando reciben amonestaciones o llamados, y como antaño, están dispuestos a matar a los profetas del Señor que les transmiten su Palabra en un intento de llegar a sus conciencias.

4 - Son muchos los que gimen en el mundo

En segundo lugar, hay muchos que, habiendo tomado conciencia de su miserable condición, gimen a propósito de ello y se vuelven de nuevo hacia el Señor y hacia su pueblo. Pero lo lamentable en su caso es que ellos mismos, aunque reconocen libremente su fracaso y la deshonra que han traído al nombre de su Señor, permanecen como están, año tras año, y no parecen avanzar en el camino de la restauración. El camino está abierto para su regreso, y sin embargo no lo toman; y debe confesarse con tristeza que hay pocos entre el pueblo del Señor que parezcan calificados para extender una mano de ayuda para salvar a sus hermanos. Se plantea, en efecto, la cuestión de si se tiene suficientemente en cuenta la condición de estos perdidos. Los enfermos, los enlutados, y otros santos afligidos son, como puede oírse en cualquier reunión de oración, continuamente llevados ante el Señor; ¿pero cuán raramente son los hermanos que se han extraviado el objeto de la intercesión!

5 - La angustiada cuestión de la falta de interés por ellos

Nos vemos, pues, impulsados a plantearnos algunas preguntas acerca de nuestra responsabilidad para con esta numerosa clase. En primer lugar, recordemos que el Señor nunca abandona a su pueblo, cualquiera que sea su estado o condición. Cuando Israel parecía totalmente abandonado a la idolatría, Jeremías clamó: «Convertíos, hijos rebeldes, dice Jehová, porque yo soy vuestro esposo» (Jer. 3:14); y, hablando por medio de Oseas, el Señor dijo: «Mi pueblo está adherido a la rebelión contra mí; aunque me llaman el Altísimo, ninguno absolutamente me quiere enaltecer. ¿Cómo podré abandonarte, oh Efraín? ¿Te entregaré yo, Israel? ¿Cómo podré yo hacerte como Adma, o ponerte como a Zeboim? Mi corazón se conmueve dentro de mí, se inflama toda mi compasión» (Oseas 11:7-8). ¡No! El Señor nunca olvida a su pueblo, aunque haya pecado gravemente. La historia de Pedro, en la triste noche en que negó a su Señor, proclama esta verdad como una voz de una trompeta.

6 - Nuestra necesidad de estar al unísono con el corazón del Señor

Si esto es cierto, está muy claro que todos los que están en comunión con el corazón del Señor respecto a su pueblo mantendrán la misma actitud que él de afecto infinito. Si él no olvida a los perdidos, ellos no los olvidarán; si él los anhela y les suplica, ellos harán lo mismo, si su propio afecto está activo en sus corazones. No puede ser de otra manera, si Cristo está formado en nosotros, entonces viviremos; pero no somos nosotros, es Cristo quien vive en nosotros (Gál. 2:20), y así él se expresará, expresará su propio corazón, a través de nosotros a su pueblo.

7 - No desatender las importantes instrucciones de Gálatas 6:1-2

Pero hay otro aspecto del asunto que no debe pasarse por alto. El apóstol Pablo escribe a los Gálatas: «Hermanos, si alguien es sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restaurad a esa persona con espíritu de mansedumbre, consi-

derándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado. Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumpliréis así la ley de Cristo» (Gál 6:1-2).

No es exagerado decir, con estas palabras, que el pueblo de Dios tiene una responsabilidad directa hacia quienes se han dejado sorprender «en alguna falta». Es cierto que la exhortación se limita a los «espirituales»; pero hay que recordar que todo cristiano debe ser espiritual, aunque es innegable que, a menos que se presente el estado indicado por esta palabra, será inútil intentar esta obra de restauración. Para un hombre no espiritual ayudar a un hermano caído sería casi una burla, pues, como hemos señalado, lo que se necesita para tal servicio es la comunión con el corazón de Cristo. Espiritualmente, entonces, hay una solemne responsabilidad de ocuparse de aquellos que han pecado. En este sentido, al menos, son los guardianes de sus hermanos. Si recordáramos esto, nos preservaría de la dureza de corazón, de la crítica de aquellos a quienes el enemigo ha vencido, y nos ayudaría en la actividad de ese amor «todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta» (1 Cor. 13:7), ese amor que nunca deja de buscar la gracia para ser usada en la restauración de uno que ha pecado por inadvertencia.

8 - El necesario examen previo de sí mismo antes de pasar a la acción

El pasaje contiene, sin embargo, otras instrucciones para los que desean comprometerse en esta bendita obra. El servicio debe ser hecho con un espíritu de mansedumbre, «considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado». El Espíritu de Dios nos recuerda así que solo la gracia nos ha guardado y que, si hubiéramos sido tentados de la misma manera, también nosotros habríamos caído. Este sentimiento, producido por el Espíritu Santo, nos preservará entonces de toda dureza y de todo fariseísmo hacia el hermano descarriado, y engendrará el espíritu de mansedumbre del que habla el apóstol. Es fácil, comparativamente, escribir o leer tales palabras; pero el objeto de esta comunicación divina se perderá si no somos escudriñados interiormente por ella, y si no nos preguntamos si hemos sido marcados en el pasado por el espíritu aquí proscrito, y si es todavía hoy nuestro estado de alma con respecto a los que se han apartado del camino de Dios, y si estamos dispuestos a humillarnos ante Dios si descubrimos, a la luz de su santa presencia, que hemos sido gobernados por un espíritu tan opuesto.

9 - Lo que es la gracia activa en la restauración

Antes de continuar, conviene añadir una palabra sobre nuestra responsabilidad en la restauración. Insistimos en este punto; debemos utilizar un lenguaje que deje claro que nos esforzamos por restaurar al que se ha alejado. También queremos decir que no debemos esperar a que el descarriado venga a nosotros para ser restaurado, sino que, por el contrario, debemos velar por él con ternura y utilizar los medios a nuestro alcance para conseguirlo. En una palabra, se trata de una gracia activa.

10 - Lo que significa: «Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumpliréis así la ley de Cristo»

El versículo siguiente va más allá e indica lo que debe caracterizar toda la vida del cristiano: «Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumpliréis así la ley de Cristo». Lo que esto significa se entenderá mejor explicando primero qué es «la ley de Cristo».

La ley de su vida bendita fue ser un portador de cargas. «Llevó nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores» (Is. 53:4). Por esto entendemos que, en su gracia y simpatía, se humilló hacia las aflicciones de su pueblo, y, tomándolas sobre sus propios hombros, por así decirlo, las llevó ante Dios para borrarlas. Eso fue en su vida, pero en su muerte que llevó, no nuestras enfermedades, sino «en su cuerpo nuestros pecados sobre el madero» (1 Pe. 2:24).

Tanto en su vida como en su muerte, pues, fue el gran portador de cargas, y el apóstol nos exhorta a seguir sus pasos en este sentido. Este es el servicio al que estamos llamados en medio de nuestros hermanos cristianos y, de otra manera, cuando entramos en contacto con pecadores. Pero la aplicación especial aquí es para aquellos que han sido sorprendidos en una falta. No debemos pasar de largo ante ellos, como el sacerdote y el levita del Evangelio (Lucas 10:31-32), sino que debemos, con la fuerza de la santa compasión por medio del Espíritu de Dios, presentarnos ante Dios llevando la pesada carga que pesa sobre los corazones de nuestros hermanos, para que podamos interceder por ellos, y responder a sus necesidades, de modo que podamos ser utilizados para su restauración.

Recomendamos encarecidamente este tema al lector, con la esperanza de que tanto él, como el autor, tomen conciencia de su responsabilidad hacia aquellos que solo

pueden describirse como descarriados. El resultado será, sin duda, una intercesión continua ante Dios en favor de ellos y la manifestación de su poder en todos los aspectos para su recuperación y restauración. De este modo, Dios mismo será glorificado y el nombre del Señor Jesús engrandecido.